

Ramón LÓPEZ VELARDE. *Obra poética (verso y prosa)*. Edición, estudio introductorio y notas de Alfonso García Morales. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2016.

El nombre de Ramón López Velarde (1888-1921) ocupa un lugar indiscutible en el canon poético de las letras mexicanas, y en una dimensión supranacional, en el de la literatura hispánica. Suyos son «el cetro y la corona» en México, desde luego que por méritos propios; pero sabemos que ese lugar simbólico dentro del sistema literario solo lo pueden otorgar los legisladores de una cultura. En este sentido, el ascenso al Parnaso de López Velarde debe mucho a los patriarcas de la contemporaneidad poética mexicana y sus herederos: Xavier Villaurrutia, Octavio Paz, José Emilio Pacheco, Gabriel Zaid; y a críticos de altura como Allen W. Phillips, José Luis Martínez, Anthony Stanton o Guillermo Sheridan. A estos últimos cabría sumar el nombre de Alfonso García Morales, académico de la Universidad de Sevilla, responsable de la presente edición y reconocido mexicanista. Esto último tiene doble mérito, pues ser mexicanista fuera de México, es decir, no perteneciendo al *establishment* de los círculos críticos mexicanos, exige librar el duro examen de la crítica nacional, más severo si cabe con el de fuera (así, cuando en 1988, con motivo del centenario de López Velarde, el Congreso de Zacatecas concedió a Allen W. Phillips la Medalla Ramón López Velarde, el poeta y ensayista mexicano Luis Noyola Vázquez, barriendo *pro domo sua*, afirmó enojado que la distinción «debió haberse entregado a un mexicano como Octavio Paz»). En 2012, García Morales recibe en Zacatecas el Premio Iberoamericano de Poesía Ramón López Velarde, por sus aportes críticos a la obra del poeta zacatecano. El jurado estaba compuesto, entre otros, nada menos que por José Emilio Pacheco, Vicente Quirarte, Marco Antonio Campos, Eduardo Lizalde, Juan Gelman. Podría decirse que esta edición de la obra poética de López Velarde publicada por la Universidad Autónoma Nacional de México supone la culminación por parte de García Morales de una serie de estudios dedicados al poeta mexicano, para muchos considerado como

el «poeta nacional» por excelencia. Una mitificación que, como nos advierte el crítico, condujo a la «oficialización» de López Velarde y redujo su poesía a ciertos aspectos externos (sobre todo, instala la imagen de López Velarde como cantor de la provincia).

En términos de edición, y dado que la tarea del crítico es siempre un *work in progress*, esta *Obra poética (verso y prosa)* publicada en 2016 por García Morales vendría a completar y mejorar la edición realizada por él mismo en 2001 para la editorial madrileña Hiperión (Ramón López Velarde, *La sangre devota. Zozobra. El son del corazón*). Como advierte el propio García Morales en una nota primera en la introducción (8), y recalca en «Esta edición» (157), esta de 2016 es una edición que, aunque sustentada en la de 2001, se presenta «muy corregida y aumentada». Para empezar, en ese lapso entre 2001 y 2016 se han dado a conocer algunos artículos (de Sheridan, de Stanton), compilaciones, monografías (por ejemplo, las de José Emilio Pacheco, *Ramón López Velarde: la lumbre inmóvil*, 2003; Marco Antonio Campos, *El tigre incendiado. Ensayos sobre Ramón López Velarde*, 2005; y Sofía Ramírez, *La edad vulnerable. Ramón López Velarde en Aguascalientes*, 2010), así como también alguna que otra edición completa o parcial de la poesía de López Velarde (*Poesía y poética* editada por Sheridan para la Biblioteca Ayacucho en 2007; o la edición bilingüe castellano-inglesa de *La suave patria* a cargo de Víctor Manuel Mendiola, publicada en 2013 por la editorial mexicana El Tucán de Virginia). A ello hay que sumar que en 2010 García Morales lleva a su fin un proyecto ambicioso alrededor de la figura y obra del escritor mexicano: la Biblioteca de Autor «Ramón López Velarde», realizada para la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, que es, como se sabe, el mayor portal en red dedicado a las letras hispánicas, y cuyo rigor crítico no desmerece un ápice frente a las publicaciones impresas de ámbito académico. Este bagaje crítico de los últimos tres lustros, recogido

en la Bibliografía (149-155), aparece incorporado al estudio introductorio y a las notas que incluye la nueva edición de 2016. Pero, sin duda, una de las mayores aportaciones de García Morales al volumen publicado por la UNAM objeto de examen es la inclusión del raro libro en prosa *El minuterero*, que, al igual que *El son del corazón*, López Velarde no alcanzó a publicar en vida. «Cifrado y misterioso libro», así lo calificó Xavier Villaurrutia. En palabras de García Morales, «aún hoy *El minuterero* sigue manteniendo esa fisonomía que lo hace inconfundible dentro del inconfundible mundo literario de López Velarde» (111). La inclusión de las 28 piezas en prosa de que consta *El minuterero* obliga al crítico-editor a justificar su presencia en un volumen titulado *Obra poética*, si bien el título añade, entre paréntesis, *verso y prosa*. García Morales rastrea la escasa atención crítica que recibió en su día el libro y las ulteriores lecturas de críticos que, como Villaurrutia o Phillips, se encuadran ya en la crítica de la segunda mitad del siglo xx. En el «Prólogo» a una edición de *El minuterero* que no llegaría a publicarse, texto que finalmente se reprodujo en la revista *Rueca* (invierno 1951-1952), Villaurrutia afirma: «Pocas veces existe entre la poesía y la prosa de un mismo autor una relación tan precisa [...] La prosa de *El minuterero* es una prosa de poeta». Más adelante en el tiempo, Phillips habló de una prosa «poemática», «lírica» en esencia, aunque no llega a dictaminar sobre el género de las prosas de *El minuterero*. En cambio, García Morales propone una tesis acerca de los textos: «*El minuterero* es un caso aparte y especialmente complejo, pues aquí el paralelismo entre poesía y prosa se extrema hasta volverse confluencia» (120). La razón, según el crítico, es la que sigue: normalmente López Velarde desarrolla sus escritos en prosa a través de la crónica periodística o, más ocasionalmente, el cuento. Sin embargo, a diferencia de tales escritos, el conjunto de las piezas en prosa que conforman *El minuterero*, según sostiene García Morales, se inscribirían en el *poema en prosa* moderno, que arranca de Baudelaire. Pero lo más significativo, el verdadero aporte de García Morales respecto a *El minuterero*, tiene que ver con la génesis, conservación y postrer edición de los manuscritos, rodeadas de incógnitas aún por resolver. Al parecer, los custodios de los papeles fueron Enrique Fernández Ledesma, un poeta amigo de López Velarde, y el hermano del escritor fallecido, Jesús López Velarde. Pocos estudiosos conocen que *El minuterero* se publicó originalmente en un volumen a cargo de Fernández Ledesma titulado *Obras completas. El minuterero*, salido de la Imprenta Murguía con

fecha de 19 de junio de 1923, coincidiendo con el segundo aniversario de la muerte de López Velarde. Ha de suponerse que era este el primer volumen de unas obras completas que no llegaron a prosperar. Andando el tiempo, en 1971, los manuscritos de *El minuterero* fueron a parar al Archivo de la Academia Mexicana de la Lengua, donde se conservan en la actualidad.

El amplio e informado estudio introductorio que desarrolla García Morales —un centenar y medio de páginas, con casi 200 notas al pie, que resulta tan interesante como ameno— propone, en línea con sus trabajos anteriores, una relectura de López Velarde más allá de la imagen enquistada de «poeta nacional», que deviene de la cultura oficial revolucionaria en México; y asimismo, no sujeta a la efígie de «poeta moderno» que le otorgaron críticos como Villaurrutia y Octavio Paz, quienes rastrean los inicios de la poesía contemporánea mexicana. Al decir de García Morales, hay una tercera imagen que ha quedado en buena medida sepultada por la mistificación e iconización de López Velarde: la del poeta católico. «López Velarde fue un hombre marcado por una estricta educación católica —afirma García Morales—, a partir de la cual se enfrentó muy conflictivamente a las experiencias de la modernidad, tanto histórica como literaria, y a los debates sobre la identidad nacional» (7). Que López Velarde ocupa un lugar central en las letras modernas mexicanas y que en el transcurso de la segunda mitad del siglo xx ha sido encumbrado a la categoría de «clásico», está fuera de toda duda. Pero como todo clásico, invita a nuevas lecturas que modifican o desinstalan lecturas anteriores en el palimpsesto en que inevitablemente termina por convertirse el ejercicio de la crítica.

Por lo que se refiere a la fijación de los textos en sí, el crítico-editor ha seguido las primeras ediciones de *La sangre devota* (Méjico, Revista de Revistas, 1916) y *Zozobra* (México, México Moderno, 1919), los únicos poemarios que el autor pudo publicar en vida. En cuanto al resto de la obra poética, publicado de forma póstuma, la edición de la UNAM sigue el citado volumen *Obras completas. El minuterero* (México, Murguía, 1923) y *El son del corazón* (México, Bloque de Obreros Intelectuales, 1932), y en general revisa todas las ediciones de la poesía de López Velarde, especialmente las realizadas por José Luis Martínez para el Fondo de Cultura Económica, en 1971 y 1990, y la Colección Archivos, en 1998. Otra importante contribución de esta edición la constituyen las más de cien páginas de notas finales dedicadas a los poemas que integran cada uno de

los cuatro libros de López Velarde. En dichas notas, además de la fecha y lugar de publicación originales —dado que no pocas composiciones aparecieron inicialmente en revistas de la época—, García Morales sitúa los poemas en el contexto biográfico e histórico, establece las filiaciones entre unos y otros poemas, señala algunas influencias y, en fin, aborda las principales cuestiones que son objeto de discusión por parte de la crítica lopezvelardeana. La introducción crítica anotada, así como la ordenación y presentación de los textos y las notas finales, nos devuelven la complejidad de un poeta atrapado en sus propias contradicciones y en las paradojas del tiempo que le tocó vivir, a caballo entre la dictadura de Porfirio Díaz y la etapa más cruenta de la Revolución. «Dejó una obra relativamente breve pero verdaderamente

compleja, hasta secreta, que no ha dejado de interesar, de provocar interrogantes», nos avisa García Morales (8). No pocas de estas interrogantes tienen respuesta en las páginas de esta nueva y completa edición de la poesía de López Velarde, a partir de la que puede releerse desde otro ángulo la obra del poeta de Zacatecas. En cambio, hay que celebrarlo, otras tantas preguntas, de seguro, germinarán a partir de este diálogo con la tradición crítica. Pues aunque la palabra permanece, la tarea del estudioso continúa, en este caso para seguir sumando títulos a esa «industria lopezvelardeana» de la que habla Gabriel Zaid.

Aníbal SALAZAR ANGLADA
Universitat Ramon Llull